

PUERTO RICO, HERMANO HISPANICO

El Embajador de España en Managua, Dr. Ernesto La Orden Miracle nos ha ofrecido como colaboración especial en torno al 12 de Octubre, Día de la Raza o de la Hispanidad, este trabajo relativo a Puerto Rico, el hermano país hispánico, menos conocido de lo que sería de desear y en el que el Sr. La Orden vivió cinco años como Cónsul General de España, desde 1955 hasta 1961.

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE
Embajador de España

Cuando vemos tremolar juntas las banderas de los pueblos de origen español, singularmente en las fiestas de la Hispanidad, no debemos olvidarnos de que falta entre ellas una bandera, la de un país hispánico que no tiene soldados ni embajadores propios, pero posee una espléndida personalidad nacional. Ese país hermano es Puerto Rico.

Puerto Rico es uno más de los pueblos hispánicos, algo más chico pero más poblado que los países de América Central, nacido de España al mismo tiempo que Cuba y Santo Domingo, en los primeros años de la colonización americana. Aunque parece y es un país muy joven, tiene más historia que algunos de sus hermanos de la América española. Su destino ha sido muy semejante al de Cuba. Se separó de España hace nada más 70 años, en 1898, y el último capítulo de su historia ha sido distinto del de sus hermanos de raza y de lengua, pero resultado de todas maneras satisfactorio. ¿Cuánto más triste el destino de Cuba, perdida hoy por hoy para nuestra hermandad?

Quien esto escribe ha vivido en Puerto Rico cinco años, siente por aquella isla un amor profundo y ha publicado un librito que da testimonio de este amor. Con las páginas de ese libro y con otros recuerdos personales, intentaré dar una idea de Puerto Rico, la Isla bellísima, nuestro hermano hispánico tal vez menos conocido.

ISLA BELLISIMA

He dicho "Isla bellísima", y así es. Si los mapas de hoy día, además de ser exactos, fueran tan bellos como los antiguos y se adornaran con leyendas latinas, estoy seguro de que junto a Puerto Rico, sobre un mar de galeones y sirenas, rezaría un letrero: INSULA PULCHERRIMA.

Puerto Rico es bellísima, en verdad. Se levanta del mar como una Venus verde, esbelta de montañas, redondeada de cumbres, cubierta de cabellera vegetal. Su cinturón costero es verde claro, moteado de playas y palmeras, abierto en bahías azules y ríos mansos. Su interior es un caos verde oscuro, plegado hasta el infinito en colinas y montañas, salpicado de bosques y acuchillado de arroyos. Aunque su tierra es roja, rara vez se la ve, vestida como está de verdes galas. Se empujan junto al mar los cocoteros, abanicos perfectos de

las playas, o se tienden dormidos los manglares. Allí vienen los campos de caña dulce, apretados en escuadrones de innumerables lanzas, que en su tiempo se adornan con el penacho de sus "guajanas". Estas son las praderas de alta hierba, donde pastan las vacas melancólicas, de "perigree" anglosajón, los cebúes corcovados que vinieron de filipinas y los caballos ágiles de extrañas promontorios de rocas, brote como de un erizo la reina de las frutas, la piña tropical. Sobre los arroyos sonoros se elevan las colinas de plátanos, de tabaco o de café. ¿Qué lagos azulean entre los picos verdes? ¿Qué cintas rojas culebrean por las montañas o se condensan como manchas de sangre en las honduras? Aquellos embalses los han hecho los americanos, atesorando agua para la electricidad o para el riego. Estos flamboyanes los plantaron a lo largo de las carreteras los españoles, los mismos que llevaron a Puerto Rico y a todas las Antillas lo que hoy nos aparece más auténtico de ellas: los plátanos, la caña y el café.

LA SELVA DEL YUNQUE

Puerto Rico es hermosa de verdad, tanto por la mano de Dios como por la obra de los hombres, lo mismo en el esplendor de sus cultivos que en la virginidad salvaje de sus bosques. El más famoso de estos, la selva tropical del Yunque, fué salvado de la tala por la corona de España, en cuya patrimonio figuró, y es ahora el orgullo de los servicios forestales de los Estados Unidos.

He aquí un espléndido macizo montañoso de dos puntas principales, parecidas a los cuernos de un yunque, que se levanta a mil doscientos metros sobre el extremo oriental de la isla y proyecta en el mar, mirando a España, el cabo de la Cabeza de San Juan. Las nubes cubren con tanta frecuencia sus costumbres que es uno de los lugares de mayor pluviosidad del mundo. Los indios aborígenes creían que allí habitaba Yuquiyú, el dios del mal, armado de sus rayos y sus truenos; pero los españoles bautizaron al ídolo con el nombre de Luquillo y lo que baja del monte ya no son maleficios sino una trinidad de ríos divinos: el Río Blanco, el Río Verde y el Río del Espíritu Santo. Lo que reina allá arriba no es un terror oscuro sino un maravilloso bosque tropical, lleno de cascadas y de flores carnosas, donde los helechos crecen como árboles y los árboles son altos.

como torres, donde la carretera asfaltada penetra bajo los bambúes, pero los rayos del sol no pueden penetrar. Bajo el palio fabuloso de aquella selva virgen reina un silencio sobrecogedor. Mas ¿qué pájaro es ese que modula dos notas, obsesivo y agudo quizá como un cucillo, pero menos huraño, más jovial?

ELOGIO DEL COQUI

No es un pájaro verde. Es el coquí. El coquí es una rana, un sapito minúsculo, chico como la uña del pulgar, que una vez descubrimos dentro de casa, escondido en el cáliz de un gladiolo. Se oculta en cualquier parte, bajo una hojilla seca, y canta en la penumbra y la humedad.

Bajábamos una tarde del Yunque con el poeta español Gerardo Diego, tan enamorado de la música como de la poesía, cuando se abrieron las cataratas del cielo y tuvimos que detener nuestro vehículo para no despeñarnos entre las cortinas del agua. Terminó de llover y era de noche, y los coquíes comenzaron a cantar. Eran cientos, millares, quizá millones, y modelaban en concertado desconcierto las dos o tres notas mágicas de su flauta de cristal: "Coquí, co-quí, co-quí". Gerardo Diego estaba fascinado y ha contado después sus impresiones, su éxtasis de poeta y de músico ante aquella increíble sinfonía puertorriqueña.

DON JUAN PONCE DE LEÓN

Puerto Rico fué descubierta por Cristóbal Colón en su segundo viaje, en 1493. Los indios aborígenes llamaban a su isla Borinquen y recibieron al principio de buena gracia a los españoles, que no se establecieron en ella hasta 1508, cuando el maduro capitán Don Juan Ponce de León, —uno de los semidioses de la conquista—, trasladó desde la Isla Española sus familia y sus hombres. Ponce de León buscaba el trabajo, los ríos auríferos y los cultivos pingües, pero se encontró muy pronto con la guerra, las escaramuzas llamadas "guazábaras" y las flechas de los indios. Allí ocurrió el singular episodio de Diego Salcedo, un muchacho español al que los indios ahogaron con engaños en el vado de un río y se estuvieron luego velando su cuerpo varios días, hasta cerciorarse de su putrefacción. Solamente así creyeron que los españoles no eran inmortales y se decidieron a presentarles batalla campal. Ponce de León la ganó pronto y con clemencia, y estableció su casa fuerte junto a la bahía de San Juan, en aquel "puerto rico" que, desde entonces, brindó su fondeadero para las naves llegadas al nuevo mundo.

Cuando ya estaba en paz y envejeciendo, aquel héroe mitológico se fué a buscar, en la legendaria Bimini, la fuente de la eterna juventud. ¡Qué incomparable tema de epopeya el de aquellos españoles que se perdieron por los pantanos de lo que hoy es la Florida, bajo las flechas de los indios y las de los mosquitos, bebiendo con ansiedad en cada charca por si recuperaban en ella el vigor varonil! Ponce de León no regresó rejuvenecido sino muerto y ahora descansa en la catedral de Puerto Rico, honrado como se merece, como padre de un pueblo y creador de una nación.

SANTIAGO MATACARIBES

Las aldeas y las granjas fundadas por Ponce de

León, —una de ellas se llamó la Granja de los Reyes Católicos y sirvió de aclimatación para las plantas europeas—, no conocieron mucho tiempo la paz. En el paraíso de Borinquen quedaba la serpiente, representada por aquellos bravísimos indios caribes que desembarcaban de vez en cuando, desde las innumerables islas vecinas, para proveer su despensa, —porque eran ferocemente antropófagos—, con los infelices indios mansos y los morenos de Puerto Rico.

Porque en Puerto Rico ya había morenos. Al igual que los otros países colonizadores de la época, España llevó pronto negros del Africa a las Antillas, para sustituir a los indios en los trapiches del azúcar. Los palmerales de la aldea de Loiza, —así llamada por una india cacica, Luisa, que murió defendiendo a su amante español—, saben muchos episodios de aquellos ataques súbitos de los remeros caribes, en uno de los cuales un caballero vizcaino ensartó con su lanza a un caribe, ya dentro del mar, y vió como el indio le devolvía la muerte clavándole su dardo en las entrañas. En esos mismos ataques se inmortalizó un perro llamado "Becerrillo", tan buen combatiente que mereció la paga y los honores de soldado.

Dura y larga fué la pelea contra los caribes de las Antillas menores. No es extraño que los españoles, recién venidos de la reconquista contra los árabes, invocaran contra sus nuevos enemigos la ayuda de su patrón Santiago Matamoros. Levantaron su iglesia como un castillo junto al mar y celebraron su fiesta con danzas de caballeros y demonios. Algo semejante, aunque con otro colorido, a vuestras fiestas del Santiaguito de Jinetes. Todavía hoy es un soberbio espectáculo, bajo las palabras y los flamboyanes de Loiza, ver a los morenos y a las morentas pasear las imágenes de su patrón Santiago, que yo llamaría esta vez "Matacaribes" y disfrazarse de diablos con cuernos y de caballeros con ticornio y espada.

DIOS ME LLEVE AL PERU

Cuando se acabaron los caribes llegaron otros enemigos, tantos y tan fuertes que Puerto Rico no podía vivir. "Dios me lleve al Perú", clamaban los colonos de San Juan cuando veían atracar a en su puerto algún navío destinado a aquellas tierras más seguras. Fué Francisco I, rey de Francia, quien dijo que le gustaría conocer el testamento de Adán según el cual América les correspondía por herencia solamente a los españoles. Franceses y holandeses, establecidos en las islas de las cercanías, fueron los primeros atacantes de las aguas y las tierras de Puerto Rico. No podían los pescadores echarse al mar, temerosos de que los cogiera "el holandés". Los galeones reales tenían que navegar en conserva y en la boca de la bahía de San Juan hubo necesidad de alzar castillos. Nada menos que Juan Bautista Antonelli, el primer ingeniero militar de la época, trazó las primeras defensas del Castillo del Morro de San Juan.

También los ingleses se sumaron al ataque contra el Imperio español. Puerto Rico recibió en 1595 la visita de Sir Francis Drake, que venía de destruir Santo Domingo y de saquear Portobelo y Cartagena. La artillería del Morro hizo blanco en su capitana y Drake tuvo que retirarse sin haberse apoderado de un tesoro de dos millones de pesos de plata. Tres años más tarde desembarcó George Clifford, conde Cumberland, y ocupó

la ciudad durante ciento cincuenta y siete días, no retirándose a la postre sin llevarse hasta las campanas de la catedral. Por cierto que aquella catedral mereció los elogios del capellán de la flota inglesa, el reverendo Layfield, un amable cronista que dedicó sus ocios a pasear por los alrededores y a hacer una alabanza del "morivivi", una mimosa puertorriqueña que se cierra sobre sí misma al menor contacto y abre sus hojas cuando desaparece el peligro. Puerto Rico era también un "morivivi".

EL SANTORAL EN LAS MURALLAS

En 1625 sobrevino un fortísimo ataque holandés, con diecisiete navíos y dos mil quinientos soldados. Enfurecido ante la invicta resistencia del Morro, el almirante flamenco incendió la ciudad. Allí pereció la rica biblioteca del obispo Don Bernardo de Balbuena, cantada por Lope de Vega en el poema patriótico llamado "La Dragontea" porque Lope tradujo el nombre de Drake por el de dragón.

Había que defender más y mejor al "puerto rico", que no era tan rico en sí mismo pero se había convertido en la llave de las Antillas, baluarte entonces como ahora de la potencia dueña del Caribe desde Felipe Segundo a Carlos Tercero, durante dos siglos de perpétua vigilancia, la guarnición de San Juan de Puerto Rico se dedicó a construir fortificaciones, sufragadas por el Real Situado de las arcas virreinales de México. A finales del siglo XVIII la ciudad de San Juan contaba con dos castillos mayores, el de San Felipe del Morro sobre el mar y el de San Cristóbal sobre la Puerta de Tierra, además de otros castillos menores y de cuatro kilómetros de poderosos baluartes, todos ellos con nombres de santos protectores. Desde Santa Bárbara a San Sebastián y desde Santa Elena a Santiago, sin olvidar a Santa Teresa y San Juan de la Cruz y a Santa Rosa de Lima, buena parte de la corte celestial reforzaba los cuatrocientos cañones de las murallas de Puerto Rico.

Gracias a estos cañones y a los santos fracasó en 1797 el gran ataque británico de Harvey y Abercromby. Llegaba aquella poderosa escuadra de conquistar para la Inglaterra la isla de Trinidad, cuya capital sigue llamándose todavía Puerto de España, pero se estrelló ante los muros del baluarte de San Jerónimo y el arrojo de los españoles y los criollos. Una copla popular de la época cantó: "En el puente Martín Peña —mataron a Pepe Díaz— El soldado más valiente —que el rey de España tenía". Carlos IV recompensó la heroica defensa con un mote que dice: "Es muy noble y leal esta ciudad— por su constancia, amor y fidelidad", leyenda que aún campea en el escudo de la capital puertorriqueña!

EL GRAN SIGLO XIX

Con estos laureles llegó el siglo XIX, que a mi entender ha sido el gran siglo de la historia de Puerto Rico. Claro está que la pequeña isla antillana no poseía el desarrollo social y económico de México y el Perú, Venezuela y la Argentina, por citar solamente a los más tallados y ricos hijos de España. Ellos se consideraron ya maduros para la emancipación y se lanzaron a la aventura heroica y trágica, a aquellas guerras de independencia, cruentísimas, que duraron en algunos países quince años y fueron seguidas en algunos otros de

larguísimas guerras civiles. El daño que sufrieron en aquella sangría, tanto ellos como España, supera a toda ponderación.

Puerto Rico no sintió la necesidad de separarse de España, antes al contrario, aprovechó la circunstancia para ceñirse aún más al seno de la Madre Patria. Acrecida su población y su riqueza con los emigrados y las tropas realistas de Venezuela, beneficiado su comercio por la creación de la Intendencia en 1811 y la Cédula de Gracias de 1815, ya no hizo ninguna falta el Situado para mantener la prosperidad de Puerto Rico. La isla vivió en paz y en progreso ininterrumpidos durante los reinados de Isabel II y de Alfonso XII, sin que repercutieran en ella las guerras civiles y las continuas desgracias de la Península. La población subió en un siglo desde cien mil habitantes a un millón, en números redondos. Los episodios trágicos de Cuba tampoco tuvieron en Puerto Rico más repercusión que el Grito de Lares y los llamados "compones", simples incidentes policíacos que ciertamente no tiñeron de sangre los verdes campos de la isla. Se construyó la espléndida carretera central, que en 1898 suscitó el asombro del periodista americano Dinwiddie, hasta el punto de proclamar que era la mejor de toda América, incluyendo los Estados Unidos de entonces. Se dotó a San Juan de electricidad, gas y agua corriente, de Instituto de Segunda Enseñanza, de Ateneo y de Audiencia Judicial, lo mismo que a cualquier provincia española. Se abolió de modo ejemplar la esclavitud y el espíritu público puertorriqueño se encaminó en paz y sosiego hacia una autonomía regional. España le concedió dichosamente en 1897, de acuerdo con los prohombres insulares, otorgando no solamente un Gobierno y un Parlamento propios sino también una participación en los tratados de comercio, aranceles y aduanas, la exención del servicio militar y otras franquicias que a un hoy parecen extraordinarias, todo ello sin romper el vínculo con la Corona, tal como ha hecho Inglaterra en su "Commonwealth".

Durante el siglo XIX se redondeó perfectamente la personalidad civil y política de Puerto Rico. Su pueblo entero adquirió un nivel de vida comparable al de los más avanzados países hispanoamericanos y al de las provincias meridionales de España, con las que la isla mantiene aún tanto parecido. Se diría que Puerto Rico era para España la novena provincia de Andalucía o las más alejada de las Islas Canarias. Una sociedad culta y distinguida, cuyos profesionales se educaban en la Península o en Cuba, dotaba a la isla de una aristocracia del talento, del trabajo y de la dignidad. Aquellos caballeros de barba y levita que se llamaban Hostos, Coll y se sentían iguales a Rafael de Labra, Pí y Margall, Canovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta. Con su Gobierno autónomo ya perfectamente establecido, Puerto Rico era de veras, como se solía decir entonces, una perla preciosa en la corona de España, esa corona que los hados acababan de ceñir sobre las débiles sienes del rey niño Alfonso XIII.

BAJO LA TUTELA DEL TIO SAMUEL

Entonces sonaron las campanadas fatídicas de la hora fijada por la Providencia. Mientras Puerto Rico crecía armoniosamente en el regazo de España, no lejos de sus playas había ido creciendo un gigante, hijo de la otra madre ultramarina, Inglaterra. Eran los Es-

tados Unidos, la potencia joven y briosa que en poco más de un siglo había desbordado sus estrechos límites costeros del Atlántico hasta llegar por el sur a la Luisiana y la Florida y por el oeste hasta el Pacífico y el corazón de Méjico. Dios confió a aquel gigante joven la misión de arrebatar los últimos restos del Imperio español. Puerto Rico, sin haberlo pedido ni deseado, se vió un día separado de los brazos de su madre y entregado a las manos de un tutor, de un vecino pudiente al que llamaban el tío Samuel.

Los primeros años de la tutela no fueron fáciles. Puerto Rico no era una factoría colonial sino una provincia española, pero el Gobierno autónomo puertorriqueño desapareció y se frenó violentamente el progreso espiritual y material del país. Se intentó desarraigar la lengua materna y se trató a Puerto Rico solamente como una base militar. El pesimismo invadió los espíritus clarividentes, dudosos entre la desesperación y la rebelión. En Puerto Rico, lo mismo que en España, ha habido una "generación del 98" al mismo tiempo trágica y fecunda.

JAUJA EN LAS ANTILLAS

Pero el tío Samuel es rico y generoso y tiene entre sus virtudes la de saber corregir sus errores. Cuando Puerto Rico parecía al borde de la muerte, el esfuerzo de los puertorriqueños consiguió del Congreso norteamericano una autonomía que ha permitido a la Isla desde 1952 organizarse como un Estado Libre Asociado, unido en forma "sui generis" a la Federación norteamericana, aunque sin ser propiamente un Estado Federal ni colocar su estrella en la bandera de la Unión. Hoy Puerto Rico se gobiernan por sí mismo, salvo en materia militar, diplomática, aduanera y postal, si bien los ingresos aduaneros revierten en definitiva a su tesoro propio. Los puertorriqueños son ciudadanos norteamericanos de pleno derecho. Hacen el servicio militar bajo la bandera de las estrellas y las barras, entran libremente en los Estados Unidos, eligen libremente su propio Gobernador y sus dos Cámaras autónomas. No participan, en cambio, en las elecciones para el Congreso de Washington ni en la elección del Presidente de los Estados Unidos.

Organizados así, los puertorriqueños han sabido gobernarse francamente bien. En honor de la verdad, su buen gobierno se ha completado con una copiosa ayuda económica y técnica de Washington. Por diversos conceptos reciben de los Estados Unidos cada año unos doscientos millones de dólares. Libres de cargas militares en lo financiero, los puertorriqueños consagran todo su presupuesto nacional a escuelas y sanidad, agricultura y obras públicas, comercio e industrialización. Su cosecha de azúcar, base de su riqueza, es adquirida íntegramente por los Estados Unidos. Ningún país hispanoamericano, desde luego, disfruta de una posición económica más brillante que la de Puerto Rico, cuyo exceso de población encuentra además fácil y bien pagado trabajo en la metrópoli del Norte, sin ninguna traba inmigratoria, aunque no siempre sin problemas de tipo racial.

En fin, cubierto de escuelas y de hospitales, de carreteras y de acueductos, de centrales eléctricas y de regadíos, Puerto Rico se parece hoy mucho a lo que otro

tiempo se decía que era Jauja. Dios se lo guarde y se lo aumente, para tranquilidad de conciencia del tío Samuel y beneficio del buen pueblo de la isla.

UN PUEBLO CRIOLLO

A todo esto, ¿cómo es el pueblo de Puerto Rico en la actualidad? Más blanco que el de ninguna otra isla de las Antillas. Beneficiados con una abundante infusión de sangre española, antigua y moderna, a la que se han sumado no pocos cursos en el siglo XVIII y algunos norteamericanos en este siglo, los puertorriqueños son en su mayoría blancos o casi blancos. La guía de teléfonos de San Juan arroja tantos González, Martíñez y Rodríguez como la de Oviedo, allá en Asturias. De origen asturiano o gallego son en efecto buena parte de las familias puertorriqueñas más modernas, mientras las antiguas conservan apellidos castellanos, catalanes o vascos. Claro está que esas mismas familias han adoptado no pocas costumbres norteamericanas y que los matrimonios mixtos van produciendo su lenta transformación, pero el tipo borinqueño es sustancialmente criollo, más parecido al del Plata que al de las islas vecinas. La belleza de sus mujeres tiene un aire andaluz y en los hombres se encuentra con frecuencia una mezcla de energía y de ponderación que no es corriente en otros lugares del trópico.

Ello no es óbice para que en la capital y en toda la costa abunden los morenos, de muy distintas procedencias africanas, plenamente incorporados a la ciudadanía. En Puerto Rico no existe problema racial. Los hombres y las mujeres de color ocupan en todos los grados de la sociedad los puestos que su desarrollo cultural y económico les va ganando, incluso ya los más altos.

En las montañas del interior dominan los jíbaros, tataranietos de indio y de español. Lo puertorriqueño por excelencia es lo jíbaro, una sabrosa variante del mestizaje hispánico que nada tiene que ver con los jíbaros del Ecuador, —indios aborígenes—, pero se parece mucho a lo canario y lo andaluz en España y en América a lo gaucho y lo venezolano. El jíbaro es un gaucho dulce, de caballo y guitarra, siempre cortés y rara vez violento, cuyas características son la suavidad y la inteligencia, la socarronería y el saber esperar. Sus bailes son la romántica "danza" nacida de la buena sociedad del siglo XIX, y el campesino "seis chorreo", que es hermano del pericón, la cueca y otros ritmos criollos, procedentes de los bailes andaluces. No hay en Puerto Rico corridas de toros, para el pueblo se complace en las peleas de gallos tanto o más que en las carreras de caballos y en el "beisbol".

Existe en el carácter puertorriqueño una veta de religiosidad popular muy visible, manifestada en costumbres como la de ponerse rosario al cuello, hombres y mujeres, durante el mes de octubre, y en expresiones muy generalizadas como "Ay, bendito" y "Ave María", que son dichas continuamente, sin asomo de ñoñez. Abundan incluso las supersticiones y es muy de notar el arte popular de los santeros, artesanos de imágenes de palo. Las más frecuentes de esas imágenes son los Reyes Magos, en torno a los cuales se cantan villancicos y aguinaldos, con sabrosos versos improvisados por

trovadores campesinos

Se dirá que estas cosas van desapareciendo, pero no han desaparecido todavía. El buen poeta Virgilio Dávila se lamentaba hace años en décimas, que es la estrofa preferida de los jíbaros:

¡Ay, Madre Melancolía!

¡Que ya no somos nosotros!

más la verdad es que Puerto Rico sigue siendo Puerto Rico. Su personalidad original criolla, plasmada en cuatro siglos de colonización española y en la mezcla bien lograda de tres sangres, no desaparecerá mientras los puertorriqueños hablen español.

MILAGRO DE LA LENGUA

Y los puertorriqueños hablan español. A los setenta años de soberanía norteamericana, pese a toda la influencia que un país inmenso pueda ejercer sobre una isla minúscula, el pueblo puertorriqueño no habla inglés. Si en materia lingüística caben milagros, después de aquel catastrófico de la torre de Babel, yo declaro que la conservación de la lengua española en Puerto Rico es un milagro.

Los puertorriqueños hablan sabrosísimo español, fundamentalmente andaluz, en el que las inevitables adherencias inglesas no causan mayor destrozo. Hay en Puerto Rico una Academia de la Lengua, correspondiente de la Española, ni más ni menos que en todos los países hermanos. Los periódicos puertorriqueños se editan en español. No ha habido hasta ahora ningún escritor puertorriqueño en lengua inglesa, pero se cuentan por centenares los poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos y ensayistas en español. Desde hace ya bastantes años, después de un intento angloparlante que produjo una catástrofe pedagógica, toda la enseñanza primaria y secundaria en las escuelas públicas se da en español.

Claro está que las clases superiores conocen y manejan más o menos la lengua inglesa, necesaria para el comercio y muy conveniente para la política y la cultura, pero la lengua española es la oficial y la conatural, constituyente de la personalidad sociológica del país, mantenida de un modo espontáneo y decidido por el pueblo y por el Gobierno. El pueblo puertorriqueño se habla a sí mismo en español. Nuestra lengua no desaparecerá mientras Puerto Rico mantenga su personalidad espiritual, y todo parece indicar que esa personalidad autóctona es cada día más fuerte.

LA ISLA DE LA SIMPATIA

Para terminar esta breve semblanza, diremos que Puerto Rico es una isla feliz, aunque algunos puertorriqueños no pueden darse cuenta de ello a veces. Feliz en tiempos de España, cuando se libró de las guerras de la Emancipación y resolvió su problema racial sin convulsiones. Feliz en nuestros días, cuando no la alcanzan los huracanes políticos del Caribe, terribles en las dos islas vecinas, y mantiene a su pueblo en abundancia y en paz. Mucho tienen que agradecer a Dios los puertorriqueños por esos beneficios, que ellos procuran merecer con su humanidad y su bondad. Por algo Juan Ramón Jiménez, maestro en piropos andaluces,

llamó a Puerto Rico, donde vivió y murió, "La Isla de la Simpatía".

Aunque sean odiosas, algunas cifras ayudarán a darnos cuenta de las razones económicas de la felicidad de Puerto Rico. El plan de desarrollo iniciado en 1942 por la Administración de Fomento Económico con el nombre de "Operación Manos a la Obra", ha elevado la renta nacional a más de 700 dólares por cabeza. Carreteras asfaltadas llegan a todos los rincones de la isla, hasta los picos de sus sierras, y en todos los pueblos hay luz eléctrica, agua potable, teléfonos y antenas de televisión. El turismo le deja a Puerto Rico sesenta millones de dólares al año y las inversiones de capital norteamericano, atraídas por exenciones fiscales, derraman un río de riqueza y de trabajo para todos.

Otro plan de desarrollo, la llamada OPERACION SERENIDAD, procura equilibrar lo espiritual con lo material. De los trescientos millones de dólares del presupuesto de Puerto Rico, la Educación Pública se lleva cien millones. Las escuelas acogen a 600 000 niños y el analfabetismo ha bajado del 32 al 20 por ciento en los últimos veinte años. La Universidad atiende a más de veinte mil estudiantes, muchos de ellos con becas. El Instituto de Cultura Puertorriqueña, ricamente dotado, restaura los monumentos artísticos de una manera que resultaría ejemplar aún en España, mantiene la lengua española, organiza festivales de teatro nacional y cultiva todas las manifestaciones de la cultura popular, de un modo sencillamente admirable.

En fin, los puertorriqueños tienen cierto orgullo de su situación y gustan de calificar a su isla con dos frases: "Escaparate de la democracia" y "Puente entre las dos Américas" que no son, meramente estribillos de propaganda. Gustan de exhibirse como muestrario de una política afortunada ante muchos estudiosos, invitados, procedentes de otros países hispánicos y de los pueblos nuevos de África y Asia. Claro es que estos países nuevos tienen en cuenta que la civilización cristiana de la Isla data de quinientos años y que la cultura española de sus clases superiores no tenía nada que envidiar a la de Estados Unidos en 1898. Los países hermanos, por otra parte, comprenden que ninguno de ellos ha recibido ni puede recibir una ayuda económica comparable a la que Puerto Rico disfruta. Pero unos y otros advierten que lo más ejemplar de Puerto Rico es su prudencia, la dignidad y la habilidad de sus gobernantes y de su pueblo al enfrentarse con una extraordinaria coyuntura histórica.

Esa coyuntura histórica sigue abierta. La fórmula del Estado Libre Asociado es una prueba de equilibrio, que puede no ser definitiva, que puede ser mejorada o reajustada, por interés común de los puertorriqueños y del poderoso y prudente Tío Samuel. Yo no puedo entrar en más detalles políticos. Discutan otros el **quid** y el **quantum** de la libertad y de la asociación en esa fórmula constitucional, cuyo porvenir está en las manos de Dios. Barajen otros las cifras de ingresos y de gastos, los pronósticos de elecciones y las posibilidades de que Puerto Rico se convierta en la República Independiente número 22 o en el Estado Federado número 51. Yo miro a Puerto Rico sin echar cálculos. Yo llevo a Puerto Rico en mi corazón.